

Las nuevas fronteras de Africa

Tierra Vasca, 69. zk., 1962-03: 4.

Cuando los líderes de las dos regiones del fideicomiso belga Ruanda - Urundi expresaron conjuntamente en las Naciones Unidas el deseo de independencia de los dos pueblos, algunos países celosos de la "integridad nacional" de los demás manifestaron su oposición a la idea de *dividir al país en dos*.

El caso es que los dos oradores que se presentaron ante el comité de Fideicomisos de las 104 naciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Pierre Ngendandumwe, Vice-Primer Ministro de Urundi, y Amadin Rugira, Presidente de la Asamblea Legislativa de Ruanda, hablaron en representación de gobiernos formados de acuerdo con los resultados de unas elecciones debidamente vigiladas por una comisión de las Naciones Unidas.

¿En qué se basa el punto de vista expuesto por los que quieren que dos pueblos diferentes, que dos naciones distintas, formen un solo estado? En el hecho de que las dos naciones forman hoy una sola entidad política, y el hecho de que vienen funcionando ahora como un solo Estado. Pareciera como si el hoy político fuera la síntesis de la historia universal. Pero, vamos a ver, ¿sobre qué bases y con qué objeto se han fundado las Naciones Unidas, y cuáles son los principios en que queremos asentar un mundo más justo? ¿Estamos dispuestos a respetar todas las voluntades nacionales o queremos continuar manteniendo un injusto y caduco status quo político?

Porque si es así, no mencionemos la carta de las Naciones Unidas como una conquista, ni hablemos de la dignidad del hombre, ni hablemos de la libre autodeterminación de los pueblos, ni critiquemos el crimen de genocidio, y vayan sin caretas los que todavía se aferran al viejo estado de cosas que unos llaman "colonialismo", otros "imperialismo" y otros "una, grande y libre", para tratar de detener esta tremenda revolución humana que está transformando Africa y está destinada a construir un mundo sobre cimientos de justicia social y política. Esta revolución que a veces parece cruenta y ruidosa, como en el Congo o en Argelia, y otras aparece pacífica y silenciosa como en la India, ha despertado a la independencia a 40 pueblos desde 1945, que es también decir que ha puesto en libertad a 800 millones de individuos.

No hay ninguna mezquina manía de grandeza política, sea del color que sea, capaz de matar el derecho natural que tienen los pueblos de Ruanda y Urundi, o el derecho que tiene Euzkadi, el derecho que tienen todos los pueblos del mundo a decidir por el rumbo de su vida nacional. El individuo y el pueblo van adquiriendo cada vez una conciencia mayor de sus derechos individuales y colectivos, y este tiempo, como otros, es irreversible.

Hay, sí, restricciones de interés, supra-nacional como aquellas que impone el imperativo económico.

No hay duda de que el hecho económico ha de modelar una más estrecha interdependencia política entre todos los pueblos, y que esta labor de integración mundial ha de realizarse a través de otras alianzas político-económicas regionales. Pero esta comunidad de intereses sólo podrá prosperar en un clima de respeto mutuo de las culturas, sin imposiciones de unas naciones sobre las otras. Como entre los individuos, la convivencia entre los pueblos sólo se podrá conseguir a través de unas normas universales que respeten las diferencias, sean éstas de religión, de lengua o de nacionalidad; así ha sido, tras penosas experiencias que aún continúan, en el campo individual, y no existe otro camino en las relaciones entre los pueblos.

Los vascos no tenemos ningún interés en levantar murallas que nos separen de otros pueblos. Al contrario, estamos negando la validez de barreras artificiales que por caducas conveniencias políticas siguen dividiendo un pueblo como el nuestro en dos. Los vascos sólo estamos reclamando que respeten nuestros derechos como pueblo, que nos permitan el uso de las herramientas de cultura y las instituciones democráticas que nos son propias, y que nos dejen incorporarnos al progreso y a la justicia que están estableciendo las Naciones Unidas.

El mundo tiende sin ninguna duda a crear más amplias unidades económicas, y ni los pueblos de Ruanda y de Urundi (entre los dos tienen 3.500.000 habitantes, son más pequeños que Euzkadi) ni el pueblo vasco se van a oponer a integrar más vastas unidades económicas respetuosas de su personalidad nacional. Nosotros somos un pueblo pequeño, pero por pocos que seamos no nos achica formar parte de un continente grande, al que hemos estado tradicionalmente más abiertos que nuestros opresores. A los vascos nos asiste el mismo derecho que a los pueblos africanos (si quieren con una comisión de las Naciones Unidas que vigilen unas elecciones libres) a organizar nuestras instituciones de acuerdo con nuestra personalidad económica y cultural a integrarnos con ella al progreso de la comunidad mundial.

Que se derrumben todas las viejas barreras aduaneras, y que se vengán abajo todos los cercos de opresión política y cultural que estamos padeciendo desde hace tanto tiempo, y que se establezca un orden democrático que respete las voluntades de todos los pueblos a organizarse según su genio, siempre que éste se someta a las normas universales de tolerancia y respeto democrático. El viejo pueblo vasco pertenece a esa misma humanidad cuyos derechos se están defendiendo en el foro mundial de las Naciones Unidas, cuando se habla de Ruanda y Urundi, dos pueblos que tampoco son de hoy.